

El comercio exterior de México depende de muchos factores, entre ellos el tipo de cambio, el precio de las materias primas y el nivel de actividad económica. En los últimos años, el comercio exterior ha experimentado un crecimiento sostenido, lo que ha permitido mejorar la balanza comercial.

La balanza comercial de México en 1992 se situó en un nivel positivo, gracias a un aumento de las exportaciones y una disminución de las importaciones. Este resultado se debió a una recuperación de la actividad económica y a una mejora en la competitividad de los productos mexicanos.

El comercio exterior de México depende de muchos factores, entre ellos el tipo de cambio, el precio de las materias primas y el nivel de actividad económica. En los últimos años, el comercio exterior ha experimentado un crecimiento sostenido, lo que ha permitido mejorar la balanza comercial.

La balanza comercial de México en 1992 se situó en un nivel positivo, gracias a un aumento de las exportaciones y una disminución de las importaciones. Este resultado se debió a una recuperación de la actividad económica y a una mejora en la competitividad de los productos mexicanos.

El comercio exterior de México depende de muchos factores, entre ellos el tipo de cambio, el precio de las materias primas y el nivel de actividad económica. En los últimos años, el comercio exterior ha experimentado un crecimiento sostenido, lo que ha permitido mejorar la balanza comercial.

La balanza comercial de México en 1992 se situó en un nivel positivo, gracias a un aumento de las exportaciones y una disminución de las importaciones. Este resultado se debió a una recuperación de la actividad económica y a una mejora en la competitividad de los productos mexicanos.

El comercio exterior de México depende de muchos factores, entre ellos el tipo de cambio, el precio de las materias primas y el nivel de actividad económica. En los últimos años, el comercio exterior ha experimentado un crecimiento sostenido, lo que ha permitido mejorar la balanza comercial.

La balanza comercial de México en 1992 se situó en un nivel positivo, gracias a un aumento de las exportaciones y una disminución de las importaciones. Este resultado se debió a una recuperación de la actividad económica y a una mejora en la competitividad de los productos mexicanos.

El comercio exterior de México depende de muchos factores, entre ellos el tipo de cambio, el precio de las materias primas y el nivel de actividad económica. En los últimos años, el comercio exterior ha experimentado un crecimiento sostenido, lo que ha permitido mejorar la balanza comercial.

V. La deuda de la deuda

La deuda de muchos países latinos es como la de un borrachito que pide prestado para embriagarse y luego se queja de que le cobren; es una deuda que enriquece a los políticos y empobrece a los pueblos; la contraen los gobiernos y la pagan los pueblos; es fruto de una política de contradicciones, ya que hasta 1970 los gobiernos solían decir: "No puedo desarrollarme porque no me prestas", y después de ese año la queja ha sido contraria: "No puedo desarrollarme porque tú me cobras". Así que, si no nos prestan, malo y, si nos cobran, peor.

Desde otro punto de vista, cuando uno ve el aumento de la deuda externa en la región, se evidencia que el problema es como el del drogadicto poseso que, a sabiendas de que le hace mal, continúa pidiendo más estímulo.

En efecto, si uno ve los estudios anuales de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL —desde 1973 a la fecha—, se percibe que desde el primer informe se preocupó por el endeudamiento. Denunciaron en 1973 una deuda continental de 37 400 millones de dólares; para 1980 había ascendido a 166 mil millones; en 1984 ya era de 280 mil millones y para 1990, último dato disponible, la deuda externa de este subcontinente asciende a la cantidad de 435 mil millones de dólares; 12 tantos más que cuando descubrimos la necesidad de pagar.

De continuar esta tendencia, para el año 2000 la deuda externa de América Latina será de un millón de millones de dólares; entraremos al siglo XXI con un gran fardo acumulado y ciegos respecto al modo de avanzar sin el favor de los ricos. Hoy por hoy, el mayor énfasis de la política del tercer mundo está en conseguir créditos externos y en quejarse de que se los cobren. Supongo que eso se llama modernidad.

El padecer de América Latina es como el de las muchachitas: muy permisivas en ceder su doncellez y luego se quejan de la prohibición del aborto.

Lo peor es que cada deuda contraída no ha podido ni siquiera generar los rendimientos para pagarse por sí misma tal como lo exigen, inútilmente, la Constitución Mexicana y las de otros países; además no ha resuelto ninguno de los problemas del continente y, en cambio, sirvió para agudizar problemas estructurados.

La deuda exterior de México es casi igual a la de otros países: se contrata como inversión y se fuga al extranjero para abrir cuentas en Suiza y construir mansiones en España; el gobierno eleva impuestos para pagar intereses porque los créditos ni siquiera generan los ingresos necesarios para ser autofinanciables; se eleva el déficit del gobierno, aumenta la carestía y el pueblo acaba por empobrecerse aún más.

Sin embargo, en México tenemos dos atenuantes, dos factores compensatorios: los Estados Unidos y el petróleo. Somos el traspatio del coloso y por eso invierten y nos facilitan créditos —vía instituciones financieras— como a ningún otro país.

En cuanto al petróleo es como si tuviéramos un arcón de oro, de oro negro, con el cual pagamos nuestras deudas... hasta donde nos alcance.

Sin embargo, la voracidad de los políticos aztecas fue mayor que las posibilidades de recuperación y así llegamos a ser el país más endeudado de América Latina hasta alcanzar, en el año de 1990, una deuda exterior de 115 mil millones de dólares, que representó el 60 por ciento del Producto Interno Bruto. ¡Ah, bruto!

Desde el sexenio del presidente Miguel de la Madrid, el gobierno se preocupó seriamente por bajar el peso de la deuda y dos veces se negociaron el monto y los intereses; las dos veces dijeron al pueblo que ya no habría más problemas pero los hubo y, de suerte que en el sexenio iniciado en 1989, el joven mandatario continuó los esfuerzos en forma más... ¿inteligente?, ¿arriesgada?, ¿irresponsable? Dejémoslo en interrogación y esperemos que la historia lo juzgue.

En su primer mensaje a la nación —enero de 1989—, a escasos seis meses de haber sido difícilmente electo, el mandatario azteca se refirió fundamentalmente al problema de la deuda y al hecho de que se estaba renegociando para permitir “retomar el crecimiento”.

El domingo 22 de julio de 1989, televisaron otro mensaje donde dijo que —¡por fin!— ya se había comenzado a resolver el problema de la deuda porque se había logrado una ventajosa renegociación.

Al día siguiente, en una mañana mal agradecida —que debiendo ser de fiesta amaneció fría y lluviosa—, se celebró un gran banquete en el Patio de Honor de Palacio Nacional con todos los prominentes de la industria, la banca, el comercio, la política y los medios (por algún error de los organizadores me hicieron el honor de invitarme). En esa magna ocasión se informaría *urbi et orbi* la solución definitiva al centenario endeudamiento nacional.

Los comensales se repetían unos a otros —con ganas de que fuera cierto— que “ahora sí” con la renego-

ciación de la deuda se iniciaba “el gran impulso de México”; algunos me miraban con agresivo desdén por no compartir el frenesí patriótico.

Al día siguiente oí pedir a una buena ama de casa —en el programa radial “Voz Pública”— que se bajarán los precios del tomate “ahora que nos han perdonado la deuda”. Ocurrió que —entre las fanfarrias al presidente y la ignorancia de los medios de difusión— hicieron creer a la pobre opinión pública que se había reducido la deuda externa en un 35 por ciento, lo cual, hablando de 100 mil millones de dólares, significaba que Pedro Aspe, el hacendista, había levantado de las espaldas del pueblo un fardo de 35 mil millones de dólares.

En aquella hora el pueblo oyó lo que quería oír y no lo que en realidad dijeron.

El señor secretario de Hacienda dijo en el banquete que se presentaban tres opciones para negociar la deuda con 500 bancos privados, pero se refirió sólo a la *deuda bancaria* sin decirnos cuánto representaba *la deuda total*.

Luego también dijo —palabra más, palabra menos— que había tres posibilidades de renegociación:

1) Que parte de la “deuda histórica” se cambiaría por bonos nuevos con una reducción del 35 por ciento sobre el valor original.

2) Otra parte de esa deuda histórica se cambiaría por bonos nuevos, al mismo valor original, pero con una reducción de la tasa de interés que quedaría fija al 6.2 por ciento, hasta el momento de su pago.

3) Los bancos que no aceptaran las reducciones propuestas tendrían que comprometerse a darnos un financiamiento adicional, equivalente al 25 por ciento de la cartera vencida durante los siguientes cuatro años. “O aceptan la rebaja o me prestan más”, fue la valiente divisa del gobierno mexicano.

Si ésa era la alternativa final nunca me expliqué cómo el señor Aspe terminó emocionado su discurso gritando “Nunca más volvamos a endeudar al país”, cuando acababa de decir que la tercera opción era que algunos bancos nos prestaran un 25 por ciento más de lo que ya les debíamos.

En aquel entonces, cuando echaron las campanas al vuelo, yo quise explicar qué aún no era oportuno ese repicar de bronces:

No se ha llegado a ningún arreglo definitivo. A partir de este momento comienza apenas la renegociación individual y si convencemos a un banco diario tardaríamos 500 días en acabar la renegociación... Según expertos internacionales, esa negociación, esa decisión individual de cada banco, puede tomar de seis meses a un año.¹

En consecuencia, la renegociación no había terminado, apenas se habían puesto las bases para comenzarla. El redoble de tambores de júbilo se ordenó por razones de tipo político, de relaciones públicas, para crear confianza en México y, sobre todo, crear confianza en el extranjero.

Al año siguiente, el 4 de febrero de 1990, en una reunión a la que asistieron nada menos que el secretario norteamericano del Tesoro, Nicholas Brady, el director gerente del Fondo Monetario Internacional, el presidente patrio, el hacendista Aspe y otros notables se firmó el paquete financiero con los bancos acreedores, el mismo que se había dado por hecho en julio del año anterior.

Creo que si existiera el complejo de Pinocho les crecería la nariz a la mayoría de los funcionarios de la Hacienda. Vale la pena que veamos los números,² aunque

¹El Universal, 22-VII-1990.

²El mercado de valores, núm. 4, NAFINSA, 15-II-1989.

aburridos, para apreciar el alcance real de lo logrado, pues de ahí surge *la deuda de la deuda* y quizá la presión norteamericana para hacernos firmar el tratado de libre comercio.

Al terminar la negociación con los 500 bancos se había logrado, según el alambriero de Hacienda, lo siguiente:

1) En primer lugar la negociación se refería únicamente al adeudo con "la banca comercial cuyo saldo susceptible (deuda elegible) de negociación ascendía a alrededor de 52 600 millones de dólares". En el transcurso de 1989 se realizaron diversas operaciones que redujeron dicho saldo a 48 500 millones, de una deuda externa total de 1107 mil millones!

2) En la opción donde los bancos intercambiarían su deuda por bonos nuevos con una reducción de 35 por ciento en su valor original, se haría sobre el 41 por ciento de los 48 500 millones de dólares; es decir, solamente respecto a 19 885 millones, no sobre 100 mil millones de dólares como en un principio nos habían dicho. Esto significó, según el hacendista, una reducción de 7 mil millones de dólares en la deuda total. Ergo, en realidad la deuda externa del país se redujo solamente en un módico 7 por ciento y no un 35 por ciento como se lo hicieron creer al pobre pueblo.

3) La otra posibilidad era el cambio de "la deuda histórica por bonos con el mismo valor nominal pero con una tasa de interés fija de 6.2 por ciento anual, o su equivalente en otras divisas. Esto afectaría al 47 por ciento de los 48 500 millones de dólares, o sea, 22 795 millones.

4) Los bancos con el 12% restante de los 48 500 millones de dólares, o sea 5 320 millones, aceptó otorgar un 25 por ciento más de créditos en cuatro años, es decir,

1 439 millones de dólares más. (Este punto no disminuye la deuda sino que la aumenta.)

5) También se convino, en los dos primeros casos, "ampliar el plazo de las amortizaciones originales de 20 años, con siete de gracia, a 30 años con un solo pago al final de ese lapso, eliminando así la presión de las amortizaciones anuales sobre la economía".

Según informaciones de Hacienda, citadas en la misma fuente, México tenía que pagar vencimientos de la deuda principal por 2 154 millones anuales hasta 1994 y unos 3 500 millones anuales de 1995 al año 2006. Ahora la totalidad de los pagos tendrá que hacerse a 30 años, en el año 2019; o sea, que en el año 2019 el gobierno mexicano tendrá que pagar el principal y los intereses de 35 788 millones de dólares. Así que, para el año del Señor (o del demonio) de 2019, el gobierno mexicano, quienquiera que se saque esa lotería en ese momento, tendrá que pagar una enorme cantidad de millones de dólares en un solo año!

¿Cómo piensan los magos de la finanza pagar esto? Según Pedro Aspe se hará gracias a "los apoyos especiales del Banco Mundial por 2 060 millones de dólares; del Fondo Monetario Internacional por 1 644 millones; del gobierno del Japón por 2 050 y una aportación directa de México que hacen un total de 7 mil millones de dólares", los cuales, aun puestos a interés, no alcanzarían a pagar la deuda de los 35 mil millones.

¿Cómo fue posible que 500 bancos de todo el mundo aceptaran cambiar deudas viejas por nuevas? ¿Cómo aceptaron bajar un 35 por ciento de su deuda si los nuevos bonos podrían ser tan malos, tan inseguros, como los bonos anteriores? ¿Cómo es que otros bancos aceptaron que les pagaran un interés fijo si al fin y al cabo este país latinoamericano llevaba ya cuatro rene-

gociaciones seguidas maromeando los centavos y posponiendo los pagos? ¿Por qué de pronto se logra convencer a 500 bancos de todos los países del mundo con unos 10 mil miembros en sus consejos de administración a que aceptaran que este país, técnicamente en quiebra, emitiera unos nuevos bonos castigando intereses o castigando el principal y que todos ellos aceptaran?

La respuesta está en la presencia de Nicholas Brady, el tesorero de los Estados Unidos, del presidente del Banco Mundial y el del Fondo Monetario Internacional. La respuesta se dio en aquel entonces, y se siguió repitiendo todavía tiempo después, pero a nadie le interesó la verdad:

George Bush ha jugado un papel preponderante — en el gobierno de México — desde el inicio del sexenio, apoyando la renegociación de la deuda externa por medio del Fondo Monetario Internacional y dando facilidades para cubrir la garantía de una parte de los empréstitos con bonos cupón cero que, de hecho, le valieron críticas en el Congreso norteamericano, pues se acusaba a su gobierno de haber otorgado un subsidio por debajo de la mesa... México fue el primero en llegar a la cita, convirtiéndose, después de Chile, en alumno aplicado. De esta manera se comienza a manejar la posibilidad de establecer un tratado de libre comercio norteamericano, en el cual Canadá, reacio en un principio, también participaría.³

Según las mentes mal pensadas, los banqueros mundiales aceptaron reducir parte de la deuda en un 35 por ciento porque los nuevos bonos tenían una garantía adicional: la del Departamento del Tesoro de Estados

³Alberto Tovar, *El Financiero*, 11-II-92.

Unidos. Ése fue el motivo de la presencia de Nicholas Brady aquel 4 de febrero.

Sin esa garantía adicional nadie hubiera aceptado que les redujeran el valor de la deuda histórica o la tasa de interés. Los banqueros de todo el mundo —no como hermanitas de la caridad sino con gran sentido monetario— prefirieron ganar menos pero seguro, en vez de mantener sus exigencias con la misma inseguridad anterior.

El rescate financiero de México ocurrió el 4 de febrero y en junio del mismo año los presidentes de México y Estados Unidos anuncian la intención de firmar un tratado de libre comercio entre ambos países; las lenguas malditas dicen que la resolución del problema de la deuda mexicana con la banca privada de otros países creó un adeudo político con Estados Unidos y que una forma de pagar ese endeudamiento era la firma del tratado.

Uno puede pensar que si el ahorro fue 7 500 millones de dólares el tratado de libre comercio es un pago muy alto para agradecer ese favor. Bastaría que algún ex presidente dejara de pasearse una temporada por Europa para que se pudieran pagar esos millones, o bien hacer una colecta y poder acallar la insolencia de Carla Hills.

Esa deuda de la deuda puede explicar la presión antidiplomática, casi altanera, de los negociadores norteamericanos sobre los nuestros; también puede explicar la docilidad, la mansedumbre de Serra Puche y otros entreguistas respecto a la manera de negociar.

Actualmente la situación de la deuda externa es aún más difícil porque las inversiones especulativas en la Bolsa por más de 19 mil millones son una nueva deuda privada, de capitales asustadizos que pueden volver electrónicamente a su país de origen.

Como dicen en mi pueblo: “Así cobra el demonio los favores concedidos”.